
EL DUENDE DE LOS CAFÉES

DEL MIÉRCOLES 11 DE MAYO DE 1814

SI NO HUBIERA ESCLAVOS NO HABRIA TIRANOS.

Sobre montones de cadáveres ha caminado el español, y sin mas alimento que el pan del dolor y el agua de la amargura ha sabido arrastrar su agonizante cuerpo al fuego de las batallas para rescatar su independencia y su esperado Fernando; y este mismo mal aconsejado monarca, Rey flexible y sin mas experiencia que la adquirida en los claustros del Escorial y en el retiro de Valencey, no puede salir de Valencia por una ligera indisposicion! ¡Un miserable dolor en un *dedo del pie* importa mas que las espantosas heridas que rasgan las palpitantes entrañas de la patria! Desdichado el monarca que quando le falta un pie no tenga mas apoyo que el de una débil caña que con qualquier viento se mueve. Los hombros robustos de los españoles que han sabido soportar la inmensa mole de una tribulacion de seis años, sabrian conducir el dulce peso de un padre amado y enfermo. Pero ah! La *gota* de sus pies cae sobre el *corazon* de todos nosotros y de ella tal vez se vá á formar una ola impetuosa que haga resbalar su mismo trono!

¡Qué significa, ¡gran Dios! ese aparato horrible con que el seducido Fernando se acerca á la capital de su patria! ¡Por ventura pretenderá que le abracemos viniendo rodeado de bayonetas amenazadoras! ¡Y cómo podríamos estrecharlo en nuestros brazos sin que se clavarán en nuestro corazon sus puntas penetrantes? ¡Qué enemigos tiene que temer? ¡Qué pais vá á reducir? ¡Que trono vá á conquistar? ¡Vá por ventura á regar con sangre española el camino magestuoso que le habíamos sembrado de flores? ¡Vá por ventura á sofocar con un dogal infame las



ilustres gargantas de los que le proclaman por el Rey mas feliz del universo? ¡Ah monstruo de ingratitud, si tal pensára! No han derramado los españoles su sangre en vano durante seis años de agonía; no han resonado los montes y las llanuras de toda España con los ayes doloridos de los moribundos; ni las poblaciones de esta heroica monarquía han jurado sostener el sagrado código de nuestra esperanza, para que el despotismo ponga una áspera mordaza en nuestras bocas, ó la superstición un candado de hierro en nuestros entendimientos. La razón, la libertad y la justicia han recobrado su imperio; y su trono brillante no está fundado sobre escalones cubiertos con alfombras de seda, sino sobre la constancia, la dignidad y el heroismo español. ¿Y puede haber hombres que graven en el incauto corazón del seducido Fernando ideas contrarias á unas verdades tan sólidas? ¿Puede estar el Rey tan obcecado que los admita sin indignación? ¿Pueden hallar fácil acceso á su audiencia los verdugos de su patria? ¡Oh dolor! lo hallan; sí; no hay que dudarlo. Ellos quieren que en vez de reinar sobre los españoles, reine solo sobre el círculo que describa el brazo (siempre débil) de la tiranía; que en vez de ser el consuelo, sea el azote de su patria; que en vez de ser un Rey benéfico y justo, aparezca á nuestros encarnizados ojos como un REY INTRUSO, y como un Atila sanguinario: ellos quieren ¡ah tigres! hacerle instrumento de la venganza que los devora. ¿Y será posible que no haya uno que tenga bastante firmeza de alma para decirle, que si sigue los sacrílegos consejos de los que le engañan en lugar de SUBIR AL TRONO TAL VEZ SUBIRÁ INOCENTE Á UN CADAHALSO!

¿Y qué deberémos hacer todos los que nos gloriamos de amar la Constitución al ver infringido *por el mismo Rey* el inmortal decreto de 2 de febrero? En él se manda que no se reconozca por libre al rey, ni por lo tanto, se le preste obediencia hasta que en el seno del congreso nacional haga el juramento á la Constitución: que no le acompañen en su servicio ni en manera alguna aquellos españoles que hubiesen obtenido de Napoleon ó de su hermano José empleo pensión ó condecoración &c. „ Y sabiendo el Rey, como lo sabe, que nada puede aun mandar, porque en nada debe ser obedecido, ¿dá orden al general Wittingham para entrar en el distrito de la capitania general de Castilla la Nueva? Y sabiendo el Rey, como lo sabe, que no debe admitir á su compañía á los que hayan obtenido condecoración ó empleo del intruso se



dejarodear de tanto envilecido contemporizador? (1) Y sabiendo el Rey, como lo sabe, que la diputacion provincial de Sevilla le escribió en 23 de abril último una carta en que le hizo unos ofrecimientos contrarios á los derechos de la nacion? dá lugar á que su demora sea tal vez causa de la horrorosa anarquía que empezó á reinar en su nombre, en aquel seducido pueblo? (2) Y sabiendo el Rey, como lo sabe, que solo jurando *la Constitucion es inviolable*, quiere antes de cubrirse con su escudo exponerse á ser conducido ante el altar sagrado de la *ley* que á todos nos juzga con igualdad? Y sabiendo el Rey, como lo sabe, que con su detencion se animan los facciosos, se encienden los partidos y que levanta su horrible cabeza la hidra venenosa de la guerra civil; que en unos se disminuye el amor ácia su persona, en otros se entivia la confianza, y en los mas se aumentan las sospechas, ¿podrá todavía permitir que los traidores que son la causa de todo aprieten mas y mas la venda sobre sus inocentes ojos?..

¡Españoles constitucionales! La espada de la tiranía está pendiente de un cabello sobre nuestras cabezas descubiertas!

(1) *La diputacion provincial en su Manifiesto de ayer dice: "Hace mes y medio que nuestro deseado Fernando VII pisó el territorio español, y en todo este tiempo ha guardado religiosamente los pactos que se le anunciaron á su entrada, sin desplegar sus labios ni dar providencia alguna que inspire la menor desconfianza." La diputacion usa el lenguaje propio de la circunspeccion y gravedad que la caracterizan, y mientras no sepa de oficio la desconfianza que el Rey inspira con su demora, no es decoroso á una corporacion tan respetable el perturbar con exáltaciones la calma que debe ser la base del orden público en los grandes acontecimientos; pero tampoco debe ser extraño que nosotros los simples particulares temblemos de ira al leer las espantosas novedades que refieren los impresos y cartas que no son de oficio.*

(2) *Desde el dia 23 de abril en que la diputacion provincial escribió al Rey (segun manifiestan los impresos) hasta el 6 de mayo en que los antilapidarios rompieron el lazo que los unía con la sociedad española, han corrido 14 dias, en los quales tal vez habrán recibido de Valencia esperanzas ó promesas seguras de su impunidad.*

Pongámos la Constitucion sobre ellas para evitar el golpe. *Patriotismo! libertad! Exáltacion!* Muramos mil veces antes que consentir que en el trono de España reservado para un Fernando VII constitucional se sienta un tirano soberbio y sanguinario. Tengamos presente que NO HABRIA TIRANOS SI NO HUBIERA ESCLAVOS. Cádiz 10 de mayo de 1814=*Miguel Cabrera.*

PRIMER DESENGAÑO Á LOS ENEMIGOS DE LA IGUALDAD.

Quando en los primeros siglos los hombres formaban en el Oriente una familia sola, cultivando la fértil tierra para obsequiar con los sazonados frutos que produce á la naturaleza, eran felices sin los vanos y quiméricos títulos de que blasonan los miserables que componen el mundo culto. Dedicados á la frugalidad no aspiraban á otra cosa que á la feliz situacion y adelantamiento de la especie humana, procurando cada qual ayudar segun sus fuerzas y contribuir á la mejora de la suerte de sus semejantes. Pero al momento que la dura ley de la necesidad los obligó á dividirse sobre la tierra en fuerza de su multiplicacion, principiaron á sentirse rigurosamente los funestos efectos de sus corazones ambiciosos. Las convulsiones intelectuales que la diversidad de opiniones produce se propagan como el fuego ó como un torrente que en breve inunda la naturaleza. La felicidad se disipa, y la paz desaparece en tal disposicion que nada es suficiente para satisfacer los deseos de los mortales en tan deplorable catástrofe. El fanatismo les conduce á un extremo de locura tan vehemente que llegan á despreciar lo real y verdadero por lo ficticio y falso, poniendo en problema las verdades mas obvias é inconcusas, y olvidando el apreciable y honorífico dictado de hombre, cuyo lugar ocuparon los indecentes que abortaron la ignorancia, el orgullo y la ambicion.

¡Qué contraste ocurre al hombre que medita y observa las acciones de sus semejantes! Vé á unos afanados en conocer la esencia de los seres y la etimología de sus nombres; mira á otros menos profundos satisfechos con el oropel de las cosas, y se conduce de muchos rutineros que vegetando como las plantas sirven solo para esterilizar la tierra; pues á la verdad semejante casta de bestias, tal especie de animales no se nutren de otra cosa que de asquerosidades como los escarabajos, y se alimentan del aire como el camaleon. Claro testimonio prestan esa multitud de hombres inquietos por dictados insignificantes, quando

hallándose en posesion de ellos se llenan de vanidad como si no pertenecieran á la especie humana. ¡Cuán oportuna y adecuada reflexi3n hizo un s3bio al considerar el trastorno que padecen los hombres quando logran numerarse entre los que la ignorancia y la adulacion llaman nobles! “La nobleza (dice) es aquella encantadora Circe en cuyo convite y hospedage se experimenta á un tiempo el beneficio y la traicion; pues bebiendo por dulce nectar un transformador veneno salen brutos de donde entraron hombres.

¡Qué espectáculo se presenta á los ojos del filósofo que medita sobre esa multitud de seres mezquinos que con la mayor desfachatez repiten á cada instante: *mi origen proviene de familia ilustre*, por lo que sería constituirme en estado de vileza el nivelarme en la sociedad con los demas ciudadanos. ¡Quánto puede la ignorancia. ¿Habrá castigo proporcionado al horrendo crimen de lesa naturaleza en que incurren esos miserables, despreciando á los que no se hallan en su quimérico predicamento? La porcion mas útil de la sociedad que los viste y alimenta no recibe otra recompensa que el desprecio; para ellos el infatigable labrador es una bestia de carga, y como tal los miran, debiendo saber que sin el sudor de su frente perecerian á impulsos de la hambre en sus mismos palacios. La sangre que corre por sus venas es deudora á esos hombres que insultan impunemente, quando repiten que el líquido que circula por sus arterias es distinto. ¡O ilusion! ¡O necesidad! Por ventura ¿la sangre que circula por las venas del príncipe y del duque es diferente que la del porquero? ¿No entran en su constitucion unos mismos compuestos? No hay duda. Pues si es así, ¿porque se desentienden esos fanáticos de un derecho tan sagrado y aspiran solamente á cebar su orgullo con títulos y dictados insignificantes que canonizaron los siglos de barbárie?

El único título de que debe blasonar todo racional es el ser hombre y hombre de bien: todos los demas son accidentales, y desaparecen con tanta facilidad, que su sonido totalmente unisono al del bronce, apenas hiere el oido quando se ausenta. Bien penetrado de esta verdad se hallaba el Emperador Marco Aurelio; pues en el acto de su elevacion al trono, su alma verdaderamente estoica no dió señal alguna de placer, persuadido que la dignidad con que los romanos lo habian condecorado, no era superior á la de hombre. Este s3bio coronado, este filósofo

se lamentaba de que les dignidades nunca hubiesen podido encender un rayo de luz en las mezquinos que las poseen; ni gravar una sola virtud en el corazón de los infelices que las disfrutaban: antes por el contrario; eran siempre (lo son y lo serán) un manantial perenne de vicios que infestan á la desgraciada humanidad. ¡Qué lógica la de los filósofos! Ni la desgracia, ni la prosperidad, ni el vano esplendor del trono son capaces de empañar el claro lente de su razón. Pero por desgracia son demasiado raros los filósofos que llegan á ocupar los tronos y las sillas consulares en las repúblicas; y esta es la causa fatal del trastorno universal de ideas que observamos en la sociedad, y de la deplorable corrupción de esos imaginados *Grandes* del mundo.

Claramente lo comprueba la historia, ofreciéndonos en cada línea el ridículo cuadro de los fatales procedimientos de esa multitud de decantados *grandes*, y de los funestos efectos de su pestilente educación. Bien dixo un sábio, y no se equivocó en asegurar “que nacer *grande* es una razón muy poderosa para ser pequeño toda la vida: corrompido en la infancia por la lisonja y la mentira, y embriagado de placeres en la juventud, llega á la edad viril sin haber aprendido á pensar y vejeta en la vejez en el centro de su orgullo y de sus preocupaciones.” ¡Cuán dignos de compadecerse son tales infelices, nutridos en la escuela de la vil adulación! Sus preceptores ponen únicamente el conato en imbuirles la idea exácta de sus feudos; en numerarles la multitud de sus apellidos, en exágerarles las supuestas ó verdaderas hazañas de sus antepasados y en decantarles la antigüedad de los títulos que les han transmitido, ignorando que *apenas puede llamarse nuestro aquello que no hicimos*, como cantó un poeta.

¡Felices aquellos tiempos en que ignoraban los hombres unos títulos martirizadores de tantos mezquinos como aspiran á conseguirlos, y que tanto deslumbran á los infelices que los poseen! Abominemos á los que imitan al infame *Nembrot*, que fué el primero que principió á sumergirnos en este caos de ideas equivocadas con la iniqua invención de títulos desconocidos de los mortales hasta aquella desgraciada época. Esas monstruosas y degradantes distinciones de señores y vasallos, nobles y plebeyos, se ignoraban totalmente como ajenas y destructoras de la igualdad natural de los hombres, en quienes no hay duda existe una conformidad física y moral de inclinaciones. El rico

igualmente que el pobre, y el hombre de ingenio como le que está dotado de un bello físico, todos están expuestos á unos mismos sentimientos de placer y de dolor; todos experimentan la hambre, la sed, el frío y el calor, teniendo todos que doblar la cerviz á las vicisitudes de la vida y de la muerte. Aun los mismos que se decantan decorados con los vanos títulos que inventó la ambicion no los eximen las miserias y aflicciones de la vida humana, ni menos podrán declamarse privilegiados en esta parte, antes bien iguales á los demas.

No hay duda que los títulos y dictados sirven de estímulo en el estado actual de la sociedad corrompida, quando se usa de ellos para recompensar las virtudes singulares y propias de cada uno de los asociados. Mas quando se dispensan á los inmorales, á los que á porfia han dañado á la sociedad y á aquellos que mas sangre humana han vertido, entonces los vicios se fomentan y adquieren cada dia nuevos triunfos hasta el extremo de poner á las naciones en el último precipicio. Inspeccionemos la historia, fixemos nuestra atencion en la Europa, y conoceremos al momento que el origen del trastorno general que se experimenta son los vicios, y que estos deben su propagacion á la recompensa que han usurpado á la virtud. Prueba evidente de esto tenemos en la corte venal, prostituida y voluptuosa de María Luisa, donde hemos visto al infame favorito Godoy colmado de dictados aun de los debidos solamente al Ser Supremo, como es el del *Principe de la Paz*. Hasta las bovedas de la casa de Dios de la verdad resonaban con elogios aduladores del infame Godoy, y los sagrados altares se han profanado con los retratos de un inmundo, compendio de vicios y obscenidades. Aun las primeras dignidades eclesiásticas fueron conferidas en nuestros degraçados dias al patriota *Arce* cuyos méritos son bien patentes, y á un *Muzquiz* cuyas virtudes no se ignoran, ¿á caso solamente la España ha tenido esta debilidad? Todas las naciones antiguas y modernas han adolecido de la misma enfermedad.

Sin exponerme á errar puedo afirmar que la vana Roma fué la que inventó mas títulos que todas las naciones del universo, confiriendolos de ordinario á seres inmorales, enemigos no solo de su patria sino de todo el género humano, y rara vez á sujetos beneméritos. Succesivamente se han transmitido á nuestro tiempo no por tramites legítimos y rregulares, sino por

princesas prostituidas que se han constituidos órganos, para recompensar privados ó complices. Muchos príncipe lascivos han concedido no pocos títulos y crecidas pensiones á expensas de los honrados y laboriosos ciudadanos para conseguir el disimulo de maridos indecentes y el consentimiento de padres criminales. En cierta república he conocido siete títulos, cuyo diplomas especifican haber sido conferidos á siete hermanos hijos naturales de un príncipe qualquiera. He aquí el principio y causa eficiente del cúmulo de dictados deque muchos hidalgos europeos blasonan á boca llena. Es verdad que entre los que el mundo reconoce por nobles, existen algunos premiados por las virtudes sociales que poseian los que los obtuvieron; mas es innegable que excede superabundantemente el número de los que los han obtenido injustamente. Por tanto, deben los beneméritos tener presente y fixar en la memoria aquella sentencia de un sábio tan celebrado de los antiguos: *clarus honor vilescit in turba et inter dignos est dignitas, quam multi indigni possident.*

Hablando con la ingenuidad que debe caracterizar á todo ser razonable me atrevo á defender que los títulos inventados por los hombres para recompensa de la virtud y heroicidad son de poco momento, respecto á la dulce satisfaccion que experimenta nuestra alma quando exerce algun acto virtuoso. Claramente lo afirmó un filósofo que preguntándole sus discípulos ¿quál era el mayor premio para compensar las grandes virtudes del hombre social? Respondió: *la dulce satisfaccion que disfruta el alma beneficiando á sus semejantes, es el mayor premio que puede recibir; es la mayor felicidad que puede disfrutar.* ¡Ó cuán feliz sería el universo si todos los hombres llegaran á probar las dulzura de la virtud!

El hombre afable y útil á la sociedad en que vive, es como el astro benéfico que alumbra y vivifica constantemente á todos los vivientes *Grandes del mundo*; aprended á buscar la felicidad en la virtud que es su centro, desempeñando las obligaciones sociales y cooperando á la mejor situacion y adelanamiento de la sociedad; no perdais de vista aquella primera verdad de las e reveladas, *que á los ojos de la natunaleza y de la religion todos los hombres son iguales*: olvidad las fantasmas del orgullo y sereis felices.

Cádiz 1814. Imprenta de Hércules, á cargo de D. A. de Celis.